

COLECCIÓN HISPANIOLA, 31
CUENTOS CÓMPLICES, DIVINOS Y HUMANOS

© De los textos, Felipe Díaz Pardo
© Del prólogo, Enrique Ortiz Aguirre
© Confluencias, 2021
www.editorialconfluencias.com

Corrección ortotipográfica: María del Mar Domínguez
Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-123366-7-2
Depósito legal: AL 2355-2021

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

FELIPE
DÍAZ PARDO

CUENTOS
CÓMPLICES,
DIVINOS y HUMANOS

Prólogo
Enrique Ortiz Aguirre



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

Prólogo	
<i>Enrique Ortiz Aguirre</i>	11

CUENTOS CÓMPLICES

Complicidad	19
La confesión	27
Servicio de información telefónica	37
Recuerdos de La Alhambra	43
El vigilante	49
El monovolumen	53
Un deseo imposible	59
Un cielo de invierno	67
Ilusiones frustradas	75
La belleza del amor	89
Bajo la sombra de la acusación	97
Sombras del pasado	109
Recitar a los clásicos	119
Ofrecimiento desinteresado	125
Parábola del mendigo y la prostituta	131
Obligada separación	137
El ritual de los desconocidos	147

CUENTOS DIVINOS

Celebración familiar	157
Póliza multirriesgo	187
Vestales	195
Informe confidencial	199
Noche de recuerdos	203
Muestra de reconocimiento	217

CUENTOS HUMANOS

La venganza del misántropo	227
Teoría de la relatividad	273
Un compromiso halagador	279
Que alguien se lo diga a Laura	289
Salto a la fama	297
El fin de la noche	305
Microformas	311
El detector	315
Fórmulas imaginativas	321
Un crítico imparcial	327
Formas del miedo	337
Las oportunidades del destino	347
Lustradores de sueños ajenos	355

Epílogo

<i>De la teoría a la práctica, una distancia difícil de traspasar y recorrer.</i>	377
---	-----

*Pero, en definitiva, ¿qué es Lo Nuestro?
Por ahora, al menos, es una especie de
complicidad frente a los otros, un secreto
compartido, un pacto unilateral.*

Mario Benedetti: *La tregua*

*La divinidad es, por tanto, absolutamente
simple y veraz, en palabras y en obras y
ni cambia por sí ni engaña a los demás
en vigilia ni en sueños con apariciones,
palabras o envíos de signos.*

Platón: *La República*

*Los humanos no pueden soportar mucha
realidad.*

T. S. Eliot

PRÓLOGO

LA IMAGINACIÓN COMO PLÉTORA: NARRACIONES DE LA TOTALIDAD

Fingimos y soñamos para poder vivir.

Fernando Pessoa

En la mejor tradición del humorismo como discurso subversivo, Felipe Díaz Pardo nos propone esta colección de cuentos que se ocupan de lo divino y de lo humano. Son narraciones que nos reconcilian con el concepto de literatura como respiración, de la imaginación como juego necesario de nuestra ontología.

Además, se inscriben en la modernidad del cuento como artefacto narrativo perfecto que, a través de las primeras líneas, nos conduce inevitablemente hasta el final; nos recuerda, pues, al cuento como flecha que desde el principio apunta a su término, en el decir metaliterario del enorme cuentista uruguayo, tan genial como desastado, Horacio Quiroga. Y es otro de los aciertos de este libro, su capacidad para dosificar el efecto y aproximar el cuento mucho más a la poesía que a la novela. Esa capa-

cidad para acercarlo a la fotografía más que a la película o, por utilizar el símil pugilístico cortazariano, al combate por k.o. antes que a la victoria obtenida por puntos en un combate de boxeo.

De ahí proviene una eficacia narrativa que ajusta el discurso al contenido y viceversa, en una disposición tripartita para los treinta y seis cuentos: cómplices, divinos y humanos. Al modo de *La divina comedia* como discurso totalizador, si no absolutamente equivalentes a purgatorio (complicidad desde un erotismo con el que viajar hacia lo trascendente desde un lenguaje encendido en la piel, el encuentro furtivo o las intensas relaciones entre desconocidos), cielo (la dimensión divina de los dioses, aunque desde una deliciosa comprensión humana) e infierno (pasiones humanas terrenales, vicios inconfesables y una originalidad transformadora desde lo lingüístico a lo referencial), encontramos una estructura cuentística trasunto de un planteamiento (cómplices), un nudo (divinos) y un desenlace (humanos) en una interpretación holística del libro. Sea como fuere, lo lúdico deviene demiurgo narrativo esencial para entroncar la creación en el juego, no en el entendimiento superficial de mero escenario paralelo, autónomo a lo real, sino como ese ejercicio serio —saltarse las normas del juego supone la queja inmediata y ostensible por parte de los jugadores— capaz de promover la apertura y de potenciar pilares fundacionales del Díaz Pardo narrador: la parodia, la intertextualidad, la metaliteratura (obvia en el caso de la mitología que aparece en los cuentos divinos), el culturalismo (referentes artísticos variados) o el juego cervantino con el lector (hacia un lector constructor de textualidades). Incluso, en el permanente juego de la parodia, encontramos a los dio-

ses interpretados desde lo humano y a estos dibujados desde la condición eterna de los dioses. Todo ello para habitar un discurso de la totalidad desde sus partes que recuerda mucho a la condición fractal, ya que se replica el conjunto desde sus elementos constitutivos; esta condición reversible, que fomenta la dilución entre los límites alinea la propuesta del cuento como género que problematiza la realidad. En este sentido, comprendemos la intimidad como relato público, la totalidad multiperspectivista y la plétora de los modos discursivos (exposición, diálogo, narración, descripción, argumentación...), así como el sesgo fantástico, una imaginación que compromete lo establecido (el doble, vivir en la pintura...) y que encuentra su fulcro en la dilución de las barreras entre realidad y ficción para convertirse en una cuña de lo insólito surgida en el entorno de lo habitual con la capacidad de comprometerlo, así como en la multiplicación exponencial de la prolepsis, especialmente fértil en la primera parte, aunque constante como vehículo para apuntar con las primeras líneas hacia el efecto final del relato (piénsese, verbigracia, en «Complicidad», «La confesión», que también aborda el desdoblamiento de manera efficacísima, «Servicio de información telefónica», que se ocupa —a su vez— de dinamizar un permanente «como si» teatral al servicio de la fusión entre ficción y vida, «Recuerdos de la Alhambra», y su poética expresión del olvido, «El vigilante», y su fina intertextualidad a lo Dorian Gray de Wilde, «El monovolumen» y la fatalidad, «Un deseo imposible» y el deseo sin cumplir apuntado desde el principio, «Un cielo de invierno» y el culturalismo fílmico, «Ilusiones frustradas» y la premonición recurrente, «La belleza del amor» y la propuesta de los amigos cómplices, «Obligada se-

paración» y el matrimonio como maldición inevitable, «El ritual de los desconocidos» o lo desconocido como aliciente frente a la monotonía; sin olvidar cuentos divinos y humanos como los de «Póliza multirriesgo», de fino e inagotable humorismo, «Informe confidencial», tan dúctil al dialogismo, «La venganza del misántropo», todo un canto a la metaficción, «Teoría de la relatividad», y su juego polisémico para abonar el hibridismo o «Formas del miedo», un modo fantástico de trabajar la prolepsis). El juego verbal, de este modo, articula lo literal como figurado y viceversa, en este incesante reto narrativo perpetrado con la mayor naturalidad.

En buena parte, el estilo de écfrasis dota a los cuentos de verosimilitud y realismo en la escritura (en un manejo literario detallista, al modo de los cuentos realistas de Galdós y Clarín; una narración precisa, descriptiva, «costumbrista», de alguna forma a lo Larra en la caracterización etopéyica de los seres humanos para radiografiar comportamientos: el matrimonio caracterizado por la rutina, el papel anodino de ciertas mujeres subyugadas por el ámbito familiar, la burocracia en su reverso creativo, la reiteración cotidiana del trabajo del oficinista...).

Una totalidad en el ámbito de los recursos que encuentra su trasunto excepcional en la amplitud del espectro temático: la infidelidad como liberación, el matrimonio como cárcel, la eternidad como penalidad, las pasiones de los seres humanos, la crisis existencial del individuo en la ciudad, la asfixia burocrática, la necesidad de lo novedoso y emocionante, los roles sociales...

En fin, una colección cautivadora que desde las bromas es capaz de dibujar las veras de la condición humana, y de convertir la risa en el método más eficaz para

Prólogo

alcanzar taumatúrgicamente (se disuelven las barreras entre realidad y ficción) la experiencia de la lectura como consustancial a nuestra propia existencia.

En un mayo madrileño de 2021

Enrique Ortiz Aguirre¹

1 Catedrático de Lengua Castellana y Literatura y Profesor Asociado de la Universidad Complutense de Madrid. Doctor en Lengua española y sus Literaturas por la UCM (Sobresaliente «cum laude»), Diploma de Estudios Avanzados (D.E.A.) en Literatura Hispanoamericana (UCM), Licenciado en filología Hispánica (UCM). Además de otras tareas, ha publicado monografías, artículos de investigación, capítulos en obras colectivas, ediciones críticas, estudios preliminares y epílogos relacionados con la Literatura universal y con la enseñanza-aprendizaje de la Lengua y la Literatura. Forma parte de diversos grupos de investigación en la Educación superior y es vicepresidente de la Asociación de Profesores de Español Francisco de Quevedo (APE Francisco de Quevedo).

CUENTOS CÓMPLICES

COMPLICIDAD

Otra vez, como cada día, me veía haciendo los cálculos temporales, rodeado de adormilados acompañantes. Llevaba un rato de pie, ante la puerta, pero no conseguía colocarme el primero. En esos momentos es cuando comprendo el empeño de los coches de carreras por hacerse con una buena posición en la rampa de salida. Pero yo nunca consigo alcanzar la primera posición. Siempre empiezo la cuenta atrás al otear, desde lo alto, los edificios iluminados que rodean la estación y veo que, de nuevo, es inevitable el retraso. Aquella mañana, como casi siempre, eran ya y catorce y mi segundo tren salía a y diecisiete. Y para no variar, también tenía que soportar el monólogo insoportable del acompañante que esa mañana me había tocado al azar. Esta vez era el vecino del tercero, apoderado del Banco de Crédito Expansivo que, aunque tiene su hora de entrada a las ocho, hace méritos siempre que puede llegando a la sucursal unos minutos antes. Conmigo, ese día, se merecía, sin embargo, que le perdiera de vista en cuanto pudiera, y la excusa de salir corriendo para alcan-

zar el andén del otro lado de la estación era la mejor que se me ocurría en esos momentos.

El tren empezó a remolonear, como es su costumbre, por la zona de los antiguos cuarteles, como si quisiera ponernos a prueba a los allí semidormidos todavía, todos de pie y silenciosos, esperando el pistoletazo de salida. Era justo y diecisiete cuando hacíamos entrada en la estación, y justo enfrente también veía mi otro tren, con su locomotora apuntando hacia un punto que hacía imaginar el centro de la ciudad, el cual, sin ninguna piedad e inexorablemente, abría sus puertas para soltar y recoger remesas de viajeros, como quien vomita tras una mala digestión.

Casi con perfecta sincronía acordada por ambas máquinas, las puertas de mi vagón por fin se abrieron también y los viajeros emprendimos la feroz y despiadada carrera hacia las escaleras mecánicas. La sabiduría que da la rutina de tantos años me permitía controlar cada milímetro del andén, así que supe colocarme en el lugar apropiado. Solo dos de mis contrincantes en la carrera se me adelantaron, pero tal contrariedad no hizo que mi voluntad y mi empeño decayeran. Ayudaba al deslizamiento de los peldaños con mi vertiginosa carrera y pronto me vi en lo alto del puente que comunica todas las vías. Apenas dio tiempo a que mi corazón emitiera las pulsaciones aceleradas, convenientes en estos casos, cuando me vi volando por la otra escalera de bajada sin apenas mirar por donde pisaba. La experiencia me ha dotado también de los conocimientos necesarios para saber que cualquier milésima de segundo que pierda en preocuparme por la suerte de mis pisadas, o en comprobar que todavía la cartera va conmigo, es motivo suficiente para que el maquinista se burle de mí y me dé

con la puerta en las narices en el momento justo de la llegada, ante la mirada impasible de unos vigilantes con chalecos reflectantes y espaldas voluminosas, que siempre suelen alegrarse de las desgracias de los demás.

Así que, fiel a ese saber adquirido con el paso de los años, el último pie que puse en el suelo antes de abandonar la superficie metálica que se movía como una lengua sin fin, me lanzó en un único y certero salto al interior de mi nuevo vagón. La satisfacción invadió entonces todo mi ser. La proeza me sirvió para no perder más tiempo de mi vida y no tener que recuperar unos minutos preciosos bajo la implacable mirada del reloj que nos persigue y vigila a cada uno de los pobres funcionarios.

No obstante, como igualmente suele pasarme muchas mañanas, ese primer momento de alivio se fue diluyendo al ver que el tren no iniciaba la marcha cuando debía y que mi vecino del Banco de Crédito Expansivo conseguía darme alcance, esta vez acompañado, tranquilamente, de otro amigo del barrio, empleado este también en el sector financiero, al que había encontrado en su trayecto, realizado, como ha quedado dicho, con menos angustia y más parsimonia que yo, hacia el vagón.

Resignado y desarmado de cualquier excusa, acepté tan grata compañía, a través de la cual conseguiría informarme, una vez más y con todo detalle, de la política de personal de ambas entidades bancarias, estrategia marcada, según ellos, por el menosprecio al indefenso trabajador que conllevan las fusiones bancarias, como la que en ese tiempo se estaba produciendo de nuevo. Nos adentramos entre los vericuetos colapsados de carteras y miembros humanos repartidos por el lugar hasta encontrar el sitio apropiado, compuesto por tres asientos va-

cíos, que servía de hueco perfecto para acoplar nuestros cuerpos y seguir con el castigo que ambos acompañantes me infligían. El cuarto lo ocupaba ella, a la que, con cortesía mecánica y aprendida como acto reflejo, saludé con toda la naturalidad de los conocidos.

En efecto, el convencimiento con que ambos nos saludamos dio por supuesto a todos los presentes, y a mí el primero, que nos conocíamos. Natural fue también que me mantuviera ajeno a su presencia mientras los dos empleados de banca requerían mi participación en la conversación. Sin embargo, las estaciones iban pasando. En la siguiente parada nos abandonó el amigo del barrio, también docto empleado de la competencia en el mundo de las finanzas, lo cual me llenó de una infinita alegría. Y me las prometía más felices todavía al saber que en la próxima iba a ser abandonado por el otro experto, servidor del Banco de Crédito Expansivo. Una vez desembarazado de la compañía de aquella pareja de siervos de la farándula monetaria, era poco tiempo ya, pues, el que me quedaba para intentar recordar aquella cara que nunca había visto y a la que con toda simpatía me había dirigido antes y con la que, incluso, había intercambiado alguna expresión del tipo «qué tal hoy», «aquí andamos otra vez», o algo por el estilo.

Tras despedirme de mi vecino, aquella mujer no se había levantado del asiento y allí seguía. En los pocos minutos que quedaban de trayecto hice repaso de toda mi vida pasada para dar con aquella cara, que tan sonriente se me ofrecía. A la vista del poco éxito obtenido en mis indagaciones, hube de emplear los últimos segundos del recorrido en idear alguna estrategia que me hiciera salir del atolladero.

Por de pronto, y dado que mis habilidades intelectuales no estaban para muchos trotes aquella mañana, cuando vi que el tren hacía su entrada en la estación, abandonando túneles oscuros y sueños atrasados, me levanté de mi sitio, no sin antes despedirme buscando su mirada y ensayando una sonrisa. Y busqué también la puerta más lejana con la inútil intención —eso ya me lo temía yo— de librarme de un nuevo y angustioso encuentro a la salida de la estación.

Esa vana ilusión, que no torpeza, desapareció en el momento justo en que alcancé el andén y vi que, entre la multitud, una figura femenina me esperaba luciendo una estampa que ya empezaba a atraerme, a pesar de la angustia que esa misma situación me producía. Al ponerme a su altura iniciamos el camino hacia la salida con la acordada sintonía de los que ya cuentan, entre sus lazos de unión, con el unísono latido que solo proporciona la intimidad.

Iniciamos la marcha hacia nuestros respectivos trabajos, sin saber yo aún si nuestros pasos confluían en el mismo lugar de destino y si, por tal motivo, se estaba produciendo un trato tan afable y cordial, casi cariñoso. Empezamos con torpes alusiones al tiempo, a la desgracia por madrugar y a ciertas explicaciones, dadas por mí, en un alarde de verborrea que a mí mismo me sorprendía, sobre el difícil estiramiento de los músculos a horas tan tempranas de la mañana. Luego llegó el momento en que, sin saberlo, sellamos un acuerdo que se convertiría en costumbre y que nos llevaría hasta un final que parecía pactado de antemano por alguien. La extensa avenida bordeada de castaños centenarios se nos ofrecía en todo su horizonte y la cafetería que encontramos a

nuestro paso se nos descubrió como el mudo aliado que impedía cualquier solución de retroceso.

Apenas una escueta sugerencia nos sirvió a los dos para aceptar un café que daba al traste con mis vertiginosas carreras para arrancar minutos al reloj y que a ella le pareció, según me confesó, la mejor manera de comenzar el día. Nos despedimos después con la misma certeza con que nos reconocimos en el tren, sin aún saber —al menos yo—, de donde provenía nuestra complicidad.

Nos separamos con el acuerdo callado por ambos de que nuestro encuentro se repetiría. Dicha evidencia se ratificó a la mañana siguiente, cuando perdida mi batalla en el cruce de trenes, aminoré mi marcha por las escaleras al ver que perdía sin remedio mi segundo convoy. Abatido por la derrota, no me molesté en acelerar mi descenso. Mi pensamiento se centraba ya en contar los minutos que habrían de sucederse hasta que llegara la nueva hilera de vagones. Su figura se presentó entonces de nuevo ante mí nada más dar el salto que acaba con el vértigo que producen las alturas. Aunque el misterio continuaba sin resolverse, su presencia se hacía ya eternamente familiar y ese día en el trayecto nos dejamos de miradas furtivas y elucubraciones sin respuesta, que en vano aliviarían unos pensamientos todavía en duermevela.

Los días pasaron y los acontecimientos fueron marcando una relación que ya venía señalada en los horarios de los trenes, en nuestro camino hacia la avenida, en nuestro convivir diario con el primer café. La señal irrefutable e inequívoca de que tales artificios sirven de dulces trucos para unir los destinos tuvo lugar la mañana

en la que, sin declaración previa por ninguno de los dos, salimos de la estación cogidos de la mano. Luego llegaron los abrazos silenciosos, el brazo sobre su hombro y los tímidos besos de despedida.

Lógico es pensar también que las historias de amor no se construyen con momentos idílicos tan solo, con pequeños retazos de sentimentalismo. La realidad nos castiga al recordar nuestras obligaciones de padres, madres, esposos decorosos que se deben al rigor de una vida marcada por lo fácilmente explicable. Mientras, tanto ella como yo atrasamos todo lo que podemos nuestra llegada al lugar de trabajo, aun a sabiendas de las limitaciones que nos impone un mundo que se queda fuera de los trayectos ferroviarios y de los horarios de las estaciones. Queda el consuelo de que sin ellos no sería posible tanta complicidad entre dos desconocidos.